

La experiencia existencial del anciano

Eduardo Martínez

Profesor de Filosofía y miembro del Instituto E. Mounier.

Mitos, modas y prejuicios

Vivimos una época muy propicia para los mitos, las modas y los prejuicios. Respiramos la atmósfera de una postmodernidad escéptica para todo menos para el dogmatismo inmisericorde del dinero. Hoy la razón parece delegar su soberanía en el poder y sus letales espejismos. El tema que nos va a ocupar, la vejez o ancianidad, no es una excepción a esta triste regla. Será menester tener en cuenta estos peligros para evitar que nos afecten en el transcurso de las siguientes reflexiones.

Podemos afirmar que nuestra actualidad trata el tema de la vejez desde una **perspectiva mítica**. La percepción que hoy tenemos de la vejez se ve mediatiza por los intereses de una cultura marcada profundamente por el mercantilismo. Desde esta perspectiva lo viejo es lo caduco, lo improductivo, lo senil. No hay lugar para la ancianidad en el capitalismo globalizado como no lo hay para la educación integral de la persona o para una sistema sanitario de alcance universal. Cosa muy distinta ocurre con el papel de la ancianidad en otras culturas. En algunas de éstas la vejez se considera socialmente de un modo radicalmente opuesto al nuestro. Los viejos son estimados como un lugar cabal de referencia y un depósito de sabiduría teórica y moral. Y, por supuesto, el grado de integración de los ancianos en la sociedad es mucho mayor que en la capitalista cultura occidental.

La **moda** contemporánea apuesta por lo juvenil, lo rápido, el corto plazo, la explosividad, in-

cluso la agresividad. El modo de vestir, el talante adecuado, las costumbres y la lectura del sentido de la vida que admite nuestra sociedad, corresponden a la juventud (todo hay que decirlo, a una juventud instrumentalizada y alienada de lo magnífico de su esencia: heroicidad, inconformismo, capacidad de entrega generosa a un ideal...). Lo políticamente correcto va por la senda de la eterna juventud y así observamos más con lástima que con desprecio la estética desfasada de algunos adultos, el culto al cuerpo, la artificial aceleración del ritmo de vida, etc. Tan es verdadera esta característica de nuestro tiempo que incluso se intenta salvar la ancianidad por medio de su asimilación a la juventud. Es decir, se trata de salvar de la vejez todo lo compatible con la juventud, pero nada más. El viejo es admitido si se comporta todo lo que pueda como joven, si efectúa una pirueta tan estéril como peligrosa. Algo similar le ha acontecido a la mujer en su intento de conquistar parcelas de protagonismo social: se ha admitido de lo femenino lo que podía asimilarse al poder que detenta lo masculino.

La complacencia con los mitos nos destina a la ignorancia y al error, o lo que es lo mismo, al **prejuicio**. Entre los que nos proporciona la cultura contemporánea están el carácter eufemístico, peyorativo y desnaturalizador con el que categorizamos la ancianidad. Se camina constantemente desde la fobia (odio o miedo) a la vejez, hasta la deformación de la realidad que ella implica. Muestra de este fenómeno es el uso frecuente de eufemismos para referirse a la vejez o ancianidad:

tercera edad, mayor, abuelo, hablan bien a las claras de una voluntad de esquivar los rasgos más vigorosos de esta fase de la vida. Y esto es así porque en un mundo materialista y materializado se teme y se odia la vejez, el acabamiento del modo de vida presente. Como nuestra vida es actividad frenética ahíta de egoísmo y trivialidad tememos y odiamos lo que es su antípoda, el momento del afrontamiento espiritual de nuestro más formidable misterio. Todo ello, en definitiva, nos aboca a desnaturalizar la realidad de la vejez, a conceptualizarla deformadamente.

El intento principal de este artículo es hacer luz entre tantas sombras como modo de fidelidad a una etapa fundamental de la vida de la persona. Hemos contado para su elaboración con el testimonio de amigos que nos preceden en la vejez y nos han precedido en la muerte. A ellos y su legado va dirigido nuestro reconocimiento y nuestra labor.

La consunción del tiempo existencial

Una descripción somera del envejecimiento nos ofrece una definición preliminar del mismo desde la que ir evidenciando la naturaleza profunda de este fenómeno. Podemos afirmar que **el envejecimiento afecta la temporalidad del individuo humano encarnado en la forma del agotamiento del tiempo existencial y, consecuentemente, supone una aproximación a la muerte**. Viejo es la persona rica en años pasados pero pobre en años venideros. Viejo es aquél que se halla próximo al límite irrebable de la muerte y experimenta lo mismo que el poeta Jiménez Lozano: «El tiempo es esa arruga. El miedo de un día más. Este torpor en el camino. Esa agudeza de oído con que escuchas cómo se precipita como una catarata y tú estás al borde».

Decir aquí vejez es referirnos fundamentalmente a la **temporalidad en su faceta subjetivo-existencial**. No es pertinente ni informativa la referencia al tiempo objetivo (ese que se mide en calendarios y relojes y es tema de la ciencia física) o al tiempo social (el de las etapas o fases históricas). El tiempo que nos interesa es ese del que San Agustín dice que «tiene en el alma su madriguera», o el que Kant considera forma a priori de la sensibilidad, es decir, forma en la que el sujeto organiza su experiencia, no atributo

objetivo de la realidad. El existencialismo (Kierkegaard, Unamuno, Heidegger, Scheler), por su parte, ha entendido que el tiempo así considerado es una nota inscrita en la naturaleza más íntima de la persona. Asimismo, cristianismo y personalismo comunitario comprenden el papel crucial de la muerte en la configuración de la realidad humana. Desde un punto de vista cristiano se conceptúa este hecho como un elemento límite y por lo tanto de transición, pero totalmente único y formidable. El personalismo, por su parte, y como no puede ser de otro modo si nos tomamos en serio la historicidad del ser humano, recoge del existencialismo esta preocupación por la realidad encarnada del hombre y por su esencia trascendente.

Para todos ellos la muerte es un hecho ante el que debemos tomar postura. De la actitud que asumamos ante la muerte se deriva el tipo de vida que vamos a llevar. Además, si es posible que yo me enfrente ahora a mi muerte es porque en el fondo del alma reside también ella, y tanto la interpretación de nuestro pasado como la dirección de nuestro presente tienen en ella un parámetro obligatorio. Somos ya nuestra propia muerte pues cada segundo vivido nos la acerca más. También existe una corroboración de esta afirmación desde un punto de vista fisiológico: nuestro organismo sufre una constante destrucción biológica hasta que los mecanismos de equilibrio no se bastan para mantener una cierta coherencia sistémica o funcional aconteciendo la enfermedad y la muerte.

Los **horizontes temporales** son tres: pasado, presente y futuro. Es preciso señalar la clara diferencia entre la concepción existencial de estos horizontes y la concepción objetiva de los mismos. En el caso de la objetividad científica las dimensiones temporales nos abocan a una paradoja irresoluble: el pasado se refiere a acontecimientos que fueron pero ya no son, el futuro nos promete lo que será pero aún no es, y el presente no es más que en la forma del punto inmaterial e inextenso, es un mero constructo teórico. Tal es la paradoja: el tiempo objetivo es definido como un fluir de momentos no temporales. La ciencia moderna espacializó el tiempo vital, lo cartesianizó (lo sometió a las coordenadas cartesianas) pretendiendo su objetivación, su «ser puesto delante», su independencia de todo lo humano en aras de un conocimiento más exacto y quién sabe si más verdade-

ro de la naturaleza. Bergson denuncia que esta concepción del tiempo puede ser instrumentalmente útil pero extrapolada a lo humano traiciona de raíz lo que constituye su verdad específica: el ritmo de la temporalidad humana es el de la libertad de un ser limitado por la muerte. Y es que, como la concepción existencial clarifica, los horizontes temporales se fusionan en el presente de la conciencia humana.

Para el ser humano existente los horizontes temporales se contraen en el presente. El pasado es *memoria presente de lo que fue*, el futuro es *expectación presente de lo venidero*, y el presente es *atención presente de lo actual*. O como dice S. Agustín en el libro XI de las Confesiones «presente del pasado, presente del presente y presente del futuro». Por otra parte, como ya hemos dicho, el lugar de esta *presencia total* es el alma humana la cual está dis-tendida, esparcida entre el punto inicial y el final de la vida del individuo. El tiempo existencial fluye desde el esfuerzo del ser humano por efectuar cambios en la modalidad del ser: es esfuerzo para convertir lo posible en lo actual a través del presente. De entre estas posibilidades el hombre cuenta con algunas asidas de modo necesario a lo temporal (por ejemplo, transformar años posibles en años vividos y como éstos son limitados ir acercándonos a la muerte) y otras que están esencialmente vinculadas al carácter más propiamente humano (desde la mera actualización del lenguaje en un niño hasta la apertura a la trascendencia). Las posibilidades temporales son limitadas y como la vida tienen un final definido; en este ámbito el envejecimiento se nos presenta como una experiencia puramente negativa. Pero hay que tener en cuenta que el hombre no sólo es un individuo con conciencia de una temporalidad finita, **el ser humano se conceptúa y descubre como persona** y es éste el terreno de las posibilidades esenciales, las cuales se caracterizan por ser inagotables y porque su actualización desemboca en la **consunción** de la vida. **En este ámbito, el tiempo, y la vejez, fase crucial del tiempo existencial, no sólo no es sinónimo de negatividad y extinción, es decir, de agotamiento, sino que expresa el sentido de la existencia humana:** un continuo esfuerzo por sobrepasar y trascender los límites impuestos a ella por el cuerpo y la mente. Ejemplos de esta superación son: la expectación y la memorización propias de nuestra experiencia del tiempo que nos

conducen más allá del presente; la imaginación como sobrepasamiento del entorno espacial circundante; los objetos culturales son elementos que tratan de completar la naturaleza, de plenificar huecos que percibimos en la realidad y tratamos de cubrir inventivamente; la apertura a los seres del mundo, en especial a los otros hombres y al Otro Dios, así como a la realidad total de la que esperamos encontrar la verdad, etc.

Distensión-Consunción, éste es el dúo conceptual que define esencialmente la vida humana. Nuestra vida es un fugaz tiempo presente que abarca el pasado y el futuro, cuanto más nos acercamos al agotamiento de este modo de ser (la existencia humana corpoespiritual) más audible se nos hace la promesa de trascendencia, la participación en la realidad personal. Cuando, ya viejos los sentidos de la sensibilidad externa, nos vamos aislando del ruido exterior, nos percatamos mejor de los murmullos de eternidad que desde siempre albergamos en nuestra alma. El ser humano está llamado a un destino trascendente que es el personal; pura trascendencia, como ya hemos visto, son las actividades más propias de la humanidad.

Una aclaración para terminar este apartado. Debemos decir que cuando hablábamos de la conciencia como lugar de presencia total, como foro de la distensión pasado-presente-futuro, premeditadamente dejamos fuera de este ámbito cualquier referencia a la **alteridad**. En este momento el ser humano por medio de la conciencia somete todo lo otro a la ley de su misma identidad. Es en un paso ulterior cuando la conciencia accede a la modalidad del espíritu y escucha la vocación del otro hombre y del Otro Dios. Esto viene al caso del artículo porque el viejo es rico en encuentros con los otros y está en una situación de silencio propicio donde la llamada del Otro cobra protagonismo frente a su instrumentalización.

La persona ante la muerte

La muerte y el dolor son dos misterios en uno. Juntos o por separado se le ofrecen al ser humano desde los primeros atisbos de la conciencia. Constatamos el grado de evolución de los antepasados del ser humano por la presencia en ellos de ritos de enterramiento, precisamente por sig-

nificar una preocupación por el hecho de la muerte y un intento de respuesta paleorreligiosa. Del mismo modo, en el caso del individuo humano la pre-ocupación por la muerte emerge cuando se desarrollan los niveles más complejos de conciencia.

Uno de los interrogantes más polémicos y cruciales es el que versa sobre la naturaleza activa o pasiva de este acontecimiento. A primera vista es la muerte una realidad que nos adviene violentamente: hasta la muerte más tranquila, previsible y asumida, nos visita con una crudeza que es imposible percibir como libre elección. Ciertamente no es nuestra voluntad la que desea este advenimiento, sino algo que somos de modo esencial: se trata de la persona que hemos sido siempre y que constantemente hemos ido moldeando en el vivir. Nuestra voluntad, en cuanto nexos entre nuestra carnalidad y nuestra espiritualidad, se aferra a su sede con fuerza y es inmenso el dolor que nos provoca la carne en su disolución. Pero es natural que la hoja que ha cumplido su función caiga para que el árbol viva una nueva estación. Eso sí, debemos dejar claro que el cuerpo no ha sido un enemigo durante el vivir, ha cumplido su función: como la concha que cae sedimentada en el mar y se hace fósil, la corporalidad deja su huella, para bien o para mal, en el espíritu encarnado. El cuerpo ha sido la condición de posibilidad de esta modalidad del ser que es la humana, él ha vehiculado nuestro encuentro con los demás, ha sido el contrapunto de superación y forja espiritual. La muerte, lejos de acabamiento o agotamiento hay que leerla como consumación, como tránsito, como encuentro con el misterioso, pero inmensamente real, don del amor divino.

Dice nuestro buen amigo Cayetano Hernández que «no nos queremos morir por la misma razón que el niño pretende permanecer en la comodidad del útero materno, y cuando al cabo nacemos nos percatamos gradualmente de la bondad y riqueza de la vida; pues bien, algo así ocurre con el tránsito entre la vida terrena y la vida eterna: no deseamos nacer a la nueva vida porque permanecemos incrédulos de que somos en Dios y para Dios». Nada que añadir a este anciano, sabio y creyente, que añade a su ciencia su experiencia de años luchando por el prójimo, su enfermedad, y una muerte menos cercana de lo que solicita su profundo deseo.

Afirma Max Scheler, en un ensayo llamado *Muerte y Supervivencia*, que la muerte hay que atribuirle a una actividad del ser personal que albergamos. Que la Persona, con mayúsculas de participación en la esencia de la divinidad, ejecuta en el momento final de nuestra existencia terrena un movimiento *hacia fuera, por encima y más allá* de la descomposición psicocorporal, que se desprende de este molde (no mera cáscara) habiendo sido troquelada por ella pero sobreviviéndola. Como ya habíamos dicho ser persona es trascender limitaciones. Esto se cumple en el momento de la muerte de modo excelente.

Juan Luis Ruiz de la Peña, desde su lecho de enfermedad y muerte, pone el contraste a la tesis de Scheler. Dice que el vivir humano es imposible que se cumpla, tras años de satisfacción (haber hecho suficiente), sin una satisfacción (padecer suficiente). Hablar así es afirmar una vertiente de pasividad o pasión en el morir. ¿Cómo no admitirlo?

La concepción de Scheler es de carácter metafísico, diría Leibnitz que desde el punto de vista de la eternidad. La percepción de la muerte de Juan Luis es la del viviente humano en plena pasión. Ambas son verdad y ambas se complementan. Si una nos trata de explicar la esencia verdadera de esta realidad que es la muerte, la otra nos ofrece la sabiduría implícita en el testimonio. Quizá por ello suenen sus palabras más cercanas a las de Jesucristo, que *nunca escribió* pero vivió y amó, actuó y padeció, sobreabundantemente. «Todo se ha consumado», tal fue la sentencia que pronunció en el momento mismo de entregar su realidad corporal y acceder a la intimidad con Dios por las vías exigentes del dolor y la muerte, aunque, ciertamente, no por la senda angosta de la vejez.

Bibliografía

Dar vida a los años. Vivir bien la madurez, Antoni Miranda y Carme Valls-Llobet, Círculo de Lectores, Madrid 1995.

Reflexiones filosóficas sobre el envejecimiento, Pedro Gómez Bosque, en *Folia Humanística*, 1995: 33(345): 269-286.

Yo y Tú, Martin Buber, Caparrós Editores, Madrid 1995.
Tot und Forleben (Muerte y supervivencia) en *Gesammelte Werke*, Tomo X, Edit. Francke-Bern, 1912.